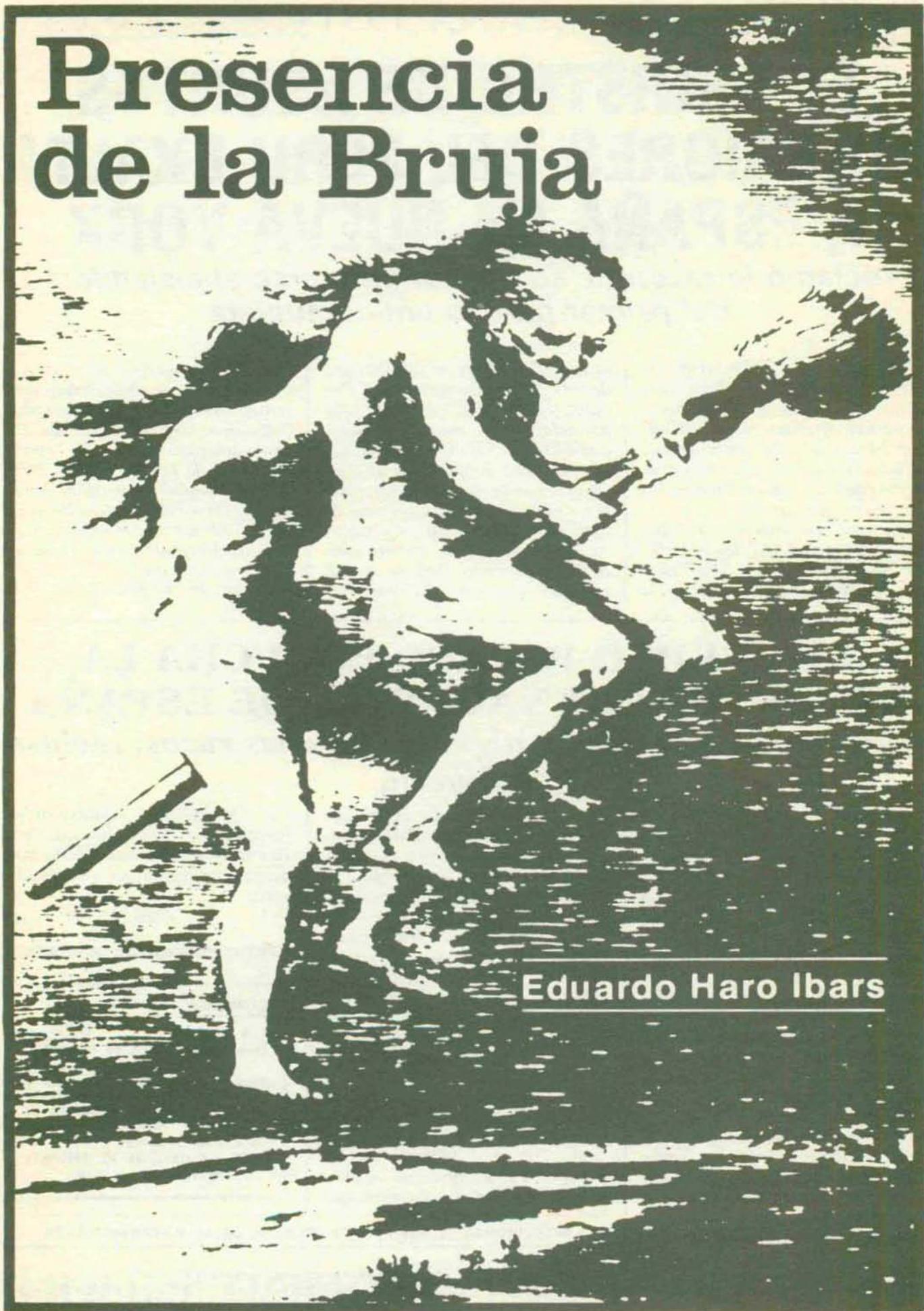


# Presencia de la Bruja



Eduardo Haro Ibars

**L**A bruja es uno de los personajes más populares dentro de la galería de monstruos, horrores, engendros del diablo o seres simplemente raros que forman nuestra mitología y nuestro folklore. Y no sólo en España, sino en todo el mundo occidental, desde la Europa más nórdica hasta la América puritana y colonial; son famosos los procesos de brujas en Salem (Nueva Inglaterra), procesos tan injustos, disparatados y arbitrarios, que dieron pie a la obra —precisamente, una denuncia contra la arbitrariedad judicial— de Arthur Miller, «Las brujas de Salem», y que popularizaron la expresión «caza de brujas» para designar los hechos brutales del senador McCarthy y su «Comité de Actividades Antiamericanas». Las brujas de la América del siglo XX, se convirtieron, por un raro hechizo, en rojos.

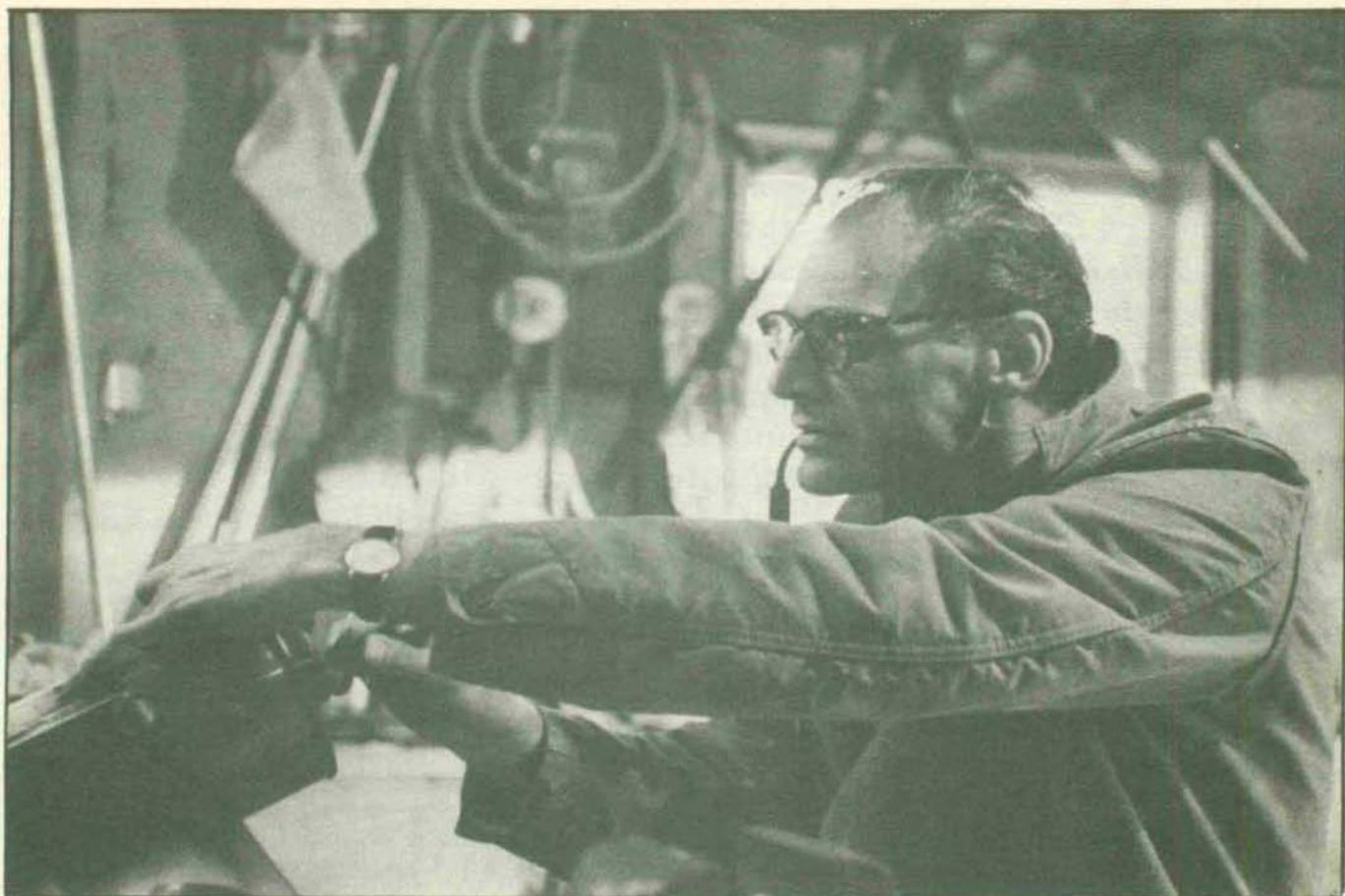
**N**UESTRA visión de las brujas ha cambiado mucho, desde la edad media hasta ahora. El ilustrado historiador romántico, Michelet, las reivindicó como las primeras rebeldes frente al sistema social establecido,

frente a la todopoderosa —entonces; ahora conserva su poder, pero éste se manifiesta de otra forma— Iglesia Católica, siempre aliada con príncipes y opresores; y, últimamente, las feministas más radicales las han adop-

tado como símbolo considerándolas de las suyas; hay, incluso, un grupo estadounidense de feministas radicales que responde a las siglas de W.I.T.C.H., siglas que no sé a qué corresponden exactamente, pero que, tra-



«Brujas de Salem», cuadro de George Jacobs.



El dramaturgo norteamericano Arthur Miller, autor, entre otras, de la pieza teatral «Las brujas de Salem».



El senador McCarthy, tristemente célebre por su «caza de brujas», que silenció a toda una generación de artistas e intelectuales norteamericanos durante la década de los cincuenta, en compañía del entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Nixon.

ducidas al castellano, dan la palabra «bruja». Hay antropólogos e historiadores modernos que las absuelven de la acusación de satanismo, y las hacen herederas —a ellas y a ellos, porque también hubo, aunque en menor medida, brujos y hechiceros— de una tradición precristiana, pagana, de adoradores de Pan, Diana y otros dioses —Priapo, entre otros, dios de la fecundidad— de la Antigüedad. Algunos llegan, pasando por encima de la antigüedad clásica, a remontar el culto de las brujas hasta el Neolítico.

A mí, el asunto de la brujería me parece una muestra más de la locura del Estado, de todos los sistemas establecidos, que necesitan de delincuentes de todo tipo para perpetuar su autoridad. Víctimas propiciatorias, las brujas —y los herejes— son

delincuentes «porque sí», a quienes hay que castigar por el mero hecho de existir. Es la sociedad quien está enferma, la sociedad quien está poseída por demonios terribles, que la hacen torturar, encarcelar y asesinar a muchos de sus miembros, por el simple hecho de ser diferentes. La bruja, el homosexual, la mujer, el drogadicto: todos ellos son seres cuyo único delito consiste en ser diferentes, en salirse de la norma. Cuando la sociedad castiga al diferente, o lo aísla en manicomios y otras instituciones concentracionarias, afianza su autoridad y provoca, al mismo tiempo, un sentimiento de confort y bienestar en quien no ha sido castigado: el ciudadano «normal» se siente seguro en sus cuadrículas, de las que temerá salirse siempre porque ve lo que le puede pasar: fuera, le espera el fuego de la hoguera, el electroshock o la cárcel. Incluso, este confort

está matizado con una cierta y beneficiosa —beneficiosa para el sistema represivo, claro— angustia: al ser los castigos impuestos de manera arbitraria, sin que haya una clara distinción entre lo que se considera «buen» o «mal» comportamiento, el ciudadano teme siempre caer. Teme, en una palabra. La diferencia fundamental entre caza de brujas y persecuciones raciales, estriba en que en el segundo caso, el «Otro» —a quien se persigue, de quien se es siempre superior—, es verdaderamente otro; no se nos puede confundir con él porque es negro, o porque tiene determinados rasgos físicos o culturales que lo hacen radicalmente distinto de nosotros. Bruja, sin embargo, podemos ser cualquiera. Porque todos los miembros de cualquier sociedad infringimos, a sabiendas o no, alguna ley. Y todos lo sabemos, y todos sabemos que la Justicia, en

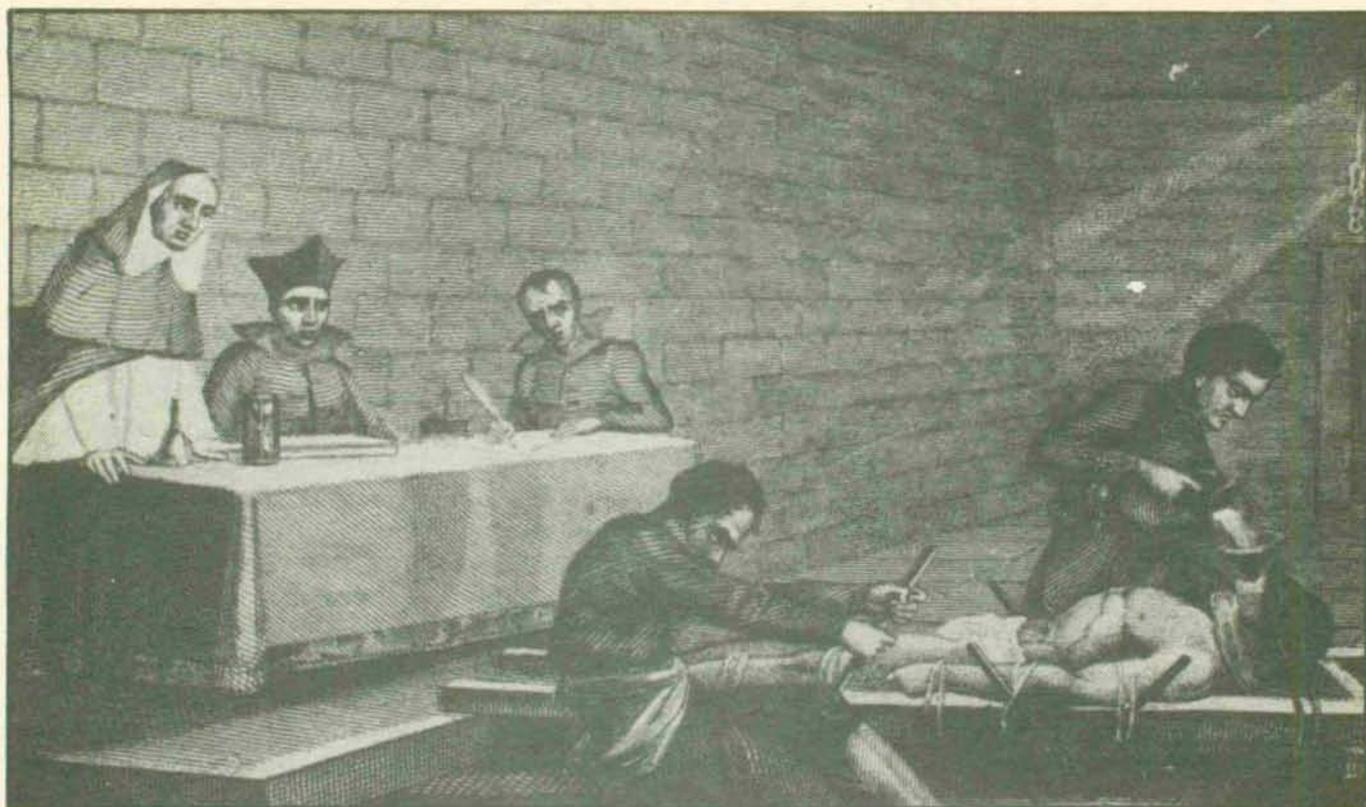
su infinita arbitrariedad, puede castigarnos en cualquier momento, si le resultamos molestos, o simplemente por capricho.

### LA BRUJA COMO TIPO

Desde «La Celestina» —o aún desde antes, desde «El Laberinto», de Juan de Mena, o incluso desde el personaje de la Trotaconventos del Arcipreste de Hita (que no es una bruja, propiamente dicha, pero que tiene muchos elementos bruja)—, hasta el retrato de bruja santandereña, nortea, que nos hace José María de Pereda, las hechiceras han sido presentadas, en literatura, como seres repulsivos: viejas, feas, desdentadas y miserables. Lo mismo ha ocurrido en pintura: Brueghel, Goya: viejas horribles en coyunda con sapos, cabrones y monstruos de todo tipo, que no eran más monstruos que ellas. Sin



Grabado de la Edición Sevillana (1502) de «La Celestina», de Fernando de Rojas.



Grabado decimonónico que representa un suplicio ante miembros de la Santa Inquisición.

embargo, la bruja real —esto es, la que aparece en los procesos de la Inquisición— no era siempre así, ni mucho menos: había, incluso, niñas de trece años, incluso mucho menores. Y el proceso de Salem fue iniciado, precisamente, por niñas. El afán de lucro y la desviada concupiscencia sádica era lo que guiaba a los inquisidores, que debían gozar lo suyo descoyuntando adolescentes. Pero fue la misoginia la que guió a pintores y escritores: la mujer, considerada como «nido de iniquidades», se convierte rápidamente en bruja: ser grotesco y repulsivo, capaz de conseguir, sin embargo, poderosos filtros de amor para enajenar a los hombres; limitada a menudo, en su papel amatorio, a hacer, como *Celestina*, el papel de tercera en amores. Unida siempre a la sexualidad, a una sexualidad turbia y pecaminosa, de la que uno ha de avergonzarse.

Lo que sí es, casi siempre, la bruja, es pobre. Muy pocos son los casos de las brujas aristocráticas o de clase acomodada, al menos en España. Y proceden casi todas de ambiente rural: medio donde la medicina no llegaba, y donde había mujeres que se transmitían ancestrales conocimientos de plantas y simples salutíferos. Como, según expresión popular, lo que cura, también mata, las curanderas —que ejercían una función social bastante útil en el medio rural— pasaban a ser, como detentoras de poder, sospechosas también de brujería y aojamiento.

Tenemos, pues, un retrato bastante claro de la bruja: es un personaje rural, dotado de conocimientos superiores a los del común de los mortales; mala, por lo tanto, porque siempre se ha encontrado malo a quien sabe más que los demás; mala también, porque usurpa las fun-

ciones de dos cuerpos poderosos y detentores del poder real, del poder social: por un lado, se arroga los poderes del médico, ya que puede curar; por otro, los de la Iglesia, en cuyo seno está la salvación: la bruja antepone, al consuelo de la Iglesia, la curación efectiva de los males. Donde el religioso pone su esperanza en el «Más allá» —no habrá allí enfermedades, miserias ni padecimientos—, la bruja ofrece soluciones en el «aquí y ahora»: puede curar las enfermedades, remediar las sequías, sanar a los animales... Unamos a esto la carga sexual: la bruja fornicaba, con diablos o con hombres, en un medio cultural —religioso— que considera el sexo como la mayor abominación posible. Concupiscente, sabia y poderosa: la bruja es el Mal. El supuesto pacto con el Diablo no es más que una formalidad, algo que la aproxima a su modelo; porque el Diablo



La noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) en el curso de la cual perecieron no menos de diez mil personas, víctimas del fanatismo religioso. (Cuadro pintado por Dubois, hugonote francés que pudo escapar de la masacre).



es, también, concupiscente, sabio y poderoso. Por eso es el Enemigo.

### EL INQUISIDOR: POLICIA DE COSTUMBRES

La leyenda negra quiere que sea en España donde la Inquisición resultó más poderosa, y más sangrientas sus actividades. Todavía, no hace mucho, un odioso policía francés que registraba mi equipaje como si en él llevase bombas, y que miraba mi pasaporte como si fuese una burdísima falsificación —que no lo era—, respondió a mis protestas con un «Aquí no tenemos inquisición, no se preocupe», que me dejó helado: en primer lugar, porque con eso quería culpabilizarme a mí, como es-

---

Bruja rodeada de  
toda su parafernalia  
«profesional».

pañol, de los posibles desmanes de la Inquisición; en segundo, porque vi que aquel hombre carecía por completo de conciencia histórica: se olvidaba de su propia Inquisición francesa, de la noche de San Bartolomé, de las torturas a los resistentes argelinos, de las depuraciones de colaboracionistas tras la Segunda Guerra Mundial..., en fin, reducía el asunto de la Inquisición a un problema puramente español y medieval; y,

como consecuencia de todo ello, aquel hombre, en fin, no tenía noción del papel inquisitorial que estaba ejerciendo.

En realidad, la Inquisición —con diversos nombres— ha existido y existirá siempre, mientras los Estados tengan que apoyarse en el poder policíaco para subsistir. Es como una enfermedad del Estado policíaco: un organismo que necesita producir delincuentes para justificar su propia existencia. El In-

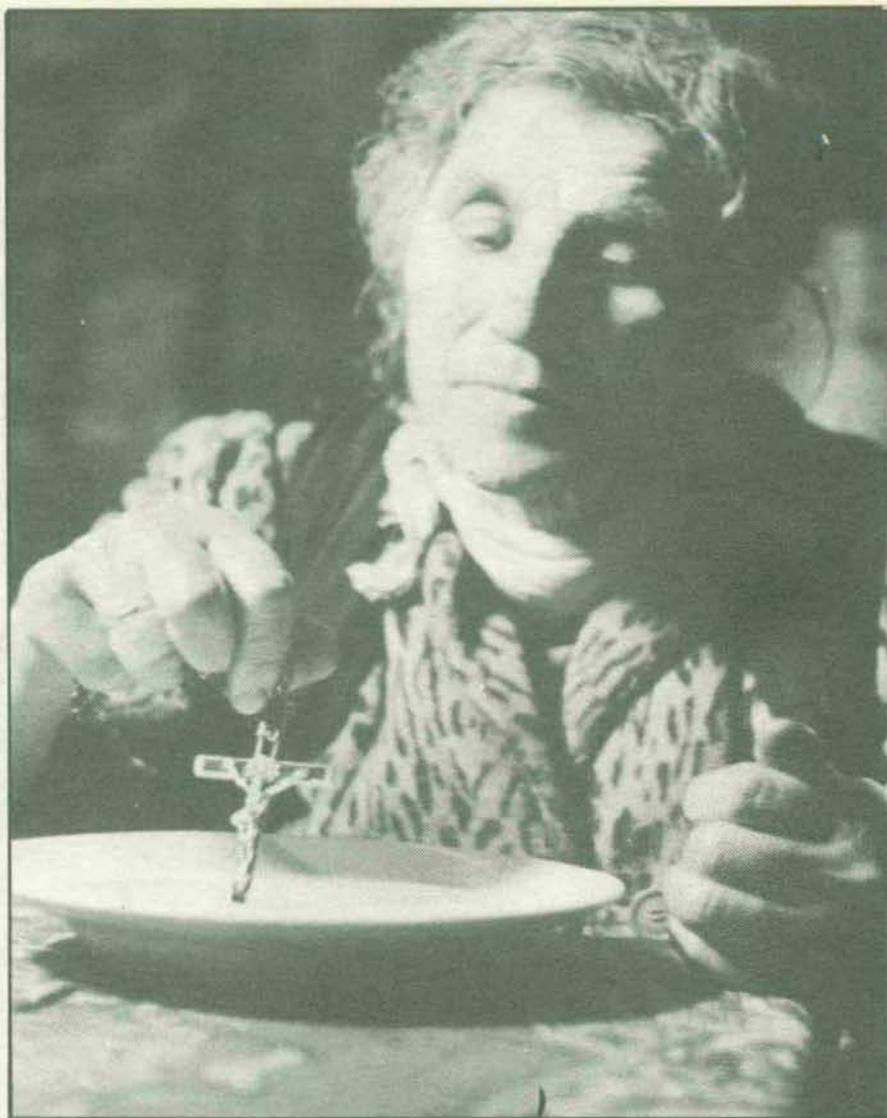
quisidor —cuya labor en territorio español, por cierto, estaba enfocada hacia la persecución y exterminio de herejes, judaizantes y moriscos, antes que hacia las brujas— es un verdadero policía de costumbres, que entre nosotros tiene a su heredero en el Juez de Peligrosidad Social: no castiga delitos como puedan ser el robo, el asesinato o la estafa, delitos contra la propiedad o la integridad de personas; castiga más bien actitudes, costumbres y



«La tentación de San Antonio» (detalle), del Bosco, pintado hacia 1500. (Lisboa, Museo Nacional de Arte Antiguo).

modos de comportamiento —o de pensamiento— que las normas sociales vigentes consideran extravagantes y nocivos. El inquisidor antiguo castigaba la herejía, la magia y la brujería, porque eran modelos de conducta intrínsecamente mala, no contemplados por la Justicia secular, dependiente del suprapoder eclesiástico. El inquisidor de hoy día castiga —o, como ellos prefieren decir, previene, cura— unas supuestas conductas antisociales: bajo su férula caen los drogadictos, los homosexuales, las prostitutas, los locos —aunque éstos tienen su inquisidor particular, el psiquiatra— y los disidentes políticos —y esto, no sólo en Rusia, sino aquí mismo, entre nosotros—. El policía de las costumbres persigue delitos imaginarios, conductas que no son verdaderamente dañinas para nadie, pero que pueden llegar a serlo, según dicen, precisamente porque, al estar prohibidas y castigadas, hacen de quien las tiene alguien inclinado a la «delincuencia», sea esto lo que sea.

El taimado Papa Wojtyla, ha condenado las conductas sexuales diferentes de la Norma, y el uso de las drogas blandas, como contrarios a la Doctrina de la Iglesia Católica. No ha hecho, con ello, más que revigorar la figura del inquisidor, y volverlo a introducir en el sistema eclesiástico. Se ha amparado también, para su condena, en una actualización del «pecado contra el Espíritu Santo», ese pecado tan terrible que es innombrable. Y es innombrable, sencillamente, porque no existe. Se trata de una invención jurídico-religiosa, donde —lo repito una vez más— podemos caer todos.

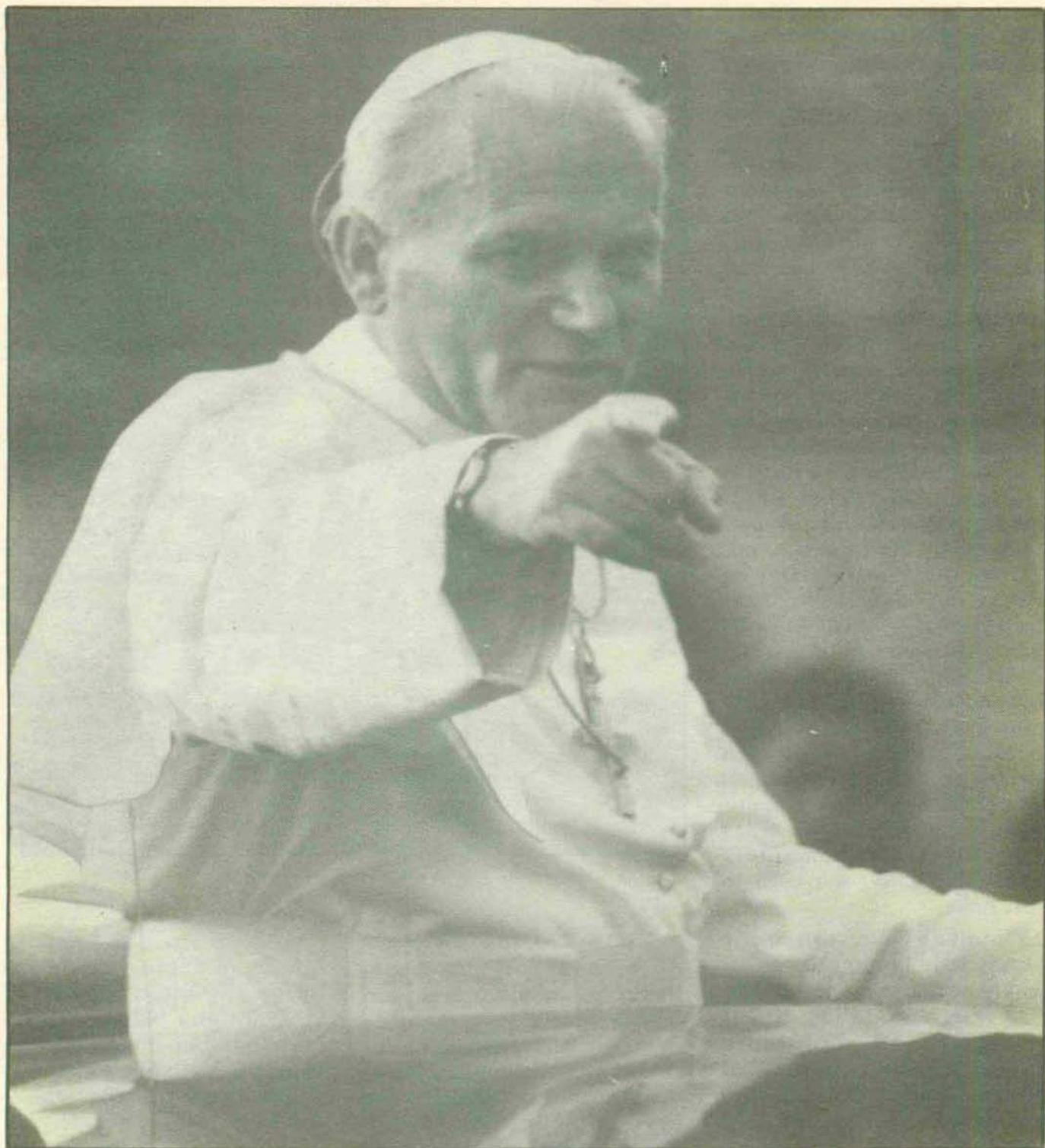


Bruja practicando un exorcismo.

### LAS BRUJAS, HOY

Al amparo del irracionalismo pesadísimo que nos invade —con su cortejo de ovnis, de milagros, de psicofonías y de cartomancias—, de ese impulso neurótico que lleva a inteligentes —en algunos casos— hombres de hoy día, desesperados, a buscar soluciones en métodos mágicos, que ya han demostrado sobradamente su invalidez a lo largo de siglos, vuelven también las brujas. En Inglaterra, país de brujas y magos, florecen los conventículos —compuestos por trece brujas o brujos; ahora se acepta también el elemento masculino— de adoradores de Dia-

na. En América, se funda la Iglesia de Satán, bajo la autoridad de Anton Szandor la Vey, antiguo peluquero dotado para el circo, que se viste de Mefistófeles carnavalesco para presidir las sesiones o misas al revés; y en Francia, y en España, y en todas partes, hay reuniones de gentes que buscan un poder y una satisfacción, incapacitados para conseguirlo de otro modo, y que no se dan cuenta de que, así tampoco les va a salir. Las brujas celebran sus reuniones en chalets o apartamentos modernos; se presentan en sociedad como tales brujas, sin temer el fuego de las hogueras; salen, incluso, en televi-



El Papa Wojtyła.

sión. Y nadie les hace nada. Porque la bruja de hoy es otra. El ser desordenado, dotado de ocultos saberes, cultivador de una concupiscencia heterodoxa, marginado por sus semejantes y usuario de drogas más o menos provocadoras de éxtasis, no vuela ya en escobas: en Es-

126

paña, se les puede ver en las plazas del Dos de Mayo o de Chueca, con vestidos poco habituales, celebrando todos los sábados sus aquelarres urbanos. La bruja, hoy, es el marginado social. Sobre ése sí caen las iras del pueblo —pueblo urbano, en este caso; el campo está muy des-

poblado últimamente—, si se le aplican torturas y prisiones. Porque la bruja —el marginado— es un elemento necesario para el buen funcionamiento de la sociedad: con su existencia —y es él quien las crea; por lo tanto existirán siempre— el Estado se fortalece. ■ E. H. I.



«El Diablo», pintura de Lucas Signorelli (hacia 1504).